
Doce pasos hacia una vida compasiva,
Kareng Armstrong 207
Diego S. Garrocho Salcedo

Más allá de la barbarie y la codicia. Historia y política en las guerras africanas,
Itziar Ruiz-Giménez Arrieta (ed.) 209

El trabajo de cuidados. Historia, teoría y políticas,
Cristina Carrasco, Cristina Borderías y
Teresa Torns (eds.) 212
Begoña Marugán Pintos

Ecocinismos. La crisis ecológica desde la perspectiva de la filosofía cínica, José Alberto Cuesta 215
Iván de los Ríos Gutiérrez

Desigualdades internacionales ¡Justicia ya!,
Rafael Díaz-Salazar 218
Pedro José Gómez Serrano

DOCE PASOS HACIA UNA VIDA COMPASIVA

Karen Armstrong

Paidós, 2011

208 págs.

Hace más de veinte siglos Aristóteles precisó que el propósito de la ética no era tanto conocer qué es la justicia sino convertirnos en hombres justos. La filosofía moral fue así, ya desde su inicio, una disciplina orientada a perfeccionar la acción y las pasiones y este rasgo singular enmarcó a la ética y a la política bajo un rótulo común que aún hoy seguimos reconociendo como filosofía práctica. En este sentido, y como bien parece sugerirse ya desde el título, el texto *Doce pasos hacia una vida compasiva* de Karen Armstrong es un ortodoxo manual de filosofía práctica en el que se suceden distintas reflexiones en torno a un sentimiento moral tan cardinal como es la compasión. Al igual que el *Enquiridión* de Epicteto, el texto de Armstrong se plantea como un verdadero manual, esto es, como un método en el que se detalla con precisión una serie de etapas o procesos a través de los cuales podrá mejorarse la vida de los hombres.

Al hablar de “vida compasiva” la pensadora Karen Armstrong se acoge a un ideal reconocible en distintas tradiciones no sólo filosóficas sino también religiosas y espirituales. Así, el objetivo de este libro es, de un lado, vindicar el proyecto de una vida compasiva y brindar al lector algunas claves históricas que le permitan reconocer que este ideal compasivo es una de las escasas constantes morales presentes en toda tradición filosófica, religiosa y espiritual. El proyecto no es, desde luego, sencillo; no sólo por la dificultad que entraña cualquier problema de carácter práctico sino también por la ambición teórica que Armstrong evidencia al enfrentarse a un sentimiento moral tan cargado de complejos –y a veces contradictorios– matices. La compasión es, sin duda, algo más que un sentimiento moral y como demuestra la psicología moral contem-

poránea podría caracterizarse incluso como un verdadero requisito para la vida moral. Sin embargo, este concepto, lejos de presentar unos contornos claros y precisos, se hace terriblemente vago cuando tratamos de apresar si no un sentido, sí al menos, un significado único. A este respecto, Karen Armstrong actúa con un gran pragmatismo al acotar el uso que ella realiza del término *compasión* incurriendo tal vez, a ojos del lector experto, en una interpretación un tanto simplista del concepto. Así, Armstrong lamenta la tantas veces habitual traducción del término «compasión» (*compassion*) por «piedad» (*pity*) y nos remite al verbo griego *páthein* para definir la pasión «como el acto de soportar [algo] con otra persona», vinculando esta definición preferentemente con la experiencia del dolor. Esta descripción desatiende el doble origen del concepto que en su herencia griega recoge el significado de dos términos como son *éleos* y *sympátheia* siendo el término «compasión» (*cum-passio*) heredero de la traducción latina del segundo. Sin embargo, el mundo latino tradujo el término griego *éleos* como *pietas* y en su constante referencia al dolor –y descartando, por lo tanto, la compasión como un mero acto de empatía– la traducción que la propia Armstrong censura se haría si no más correcta sí al menos rigurosamente precisa.

Este matiz no empaña, sin embargo, la empresa acometida por Armstrong toda vez que esta autora restringe su interpretación de la compasión hasta identificarla con la fórmula praxeológica tantas veces denominada como la Regla de Oro: «No des a los demás un trato que no te gustaría recibir a ti» o, en su formulación positiva: «trata a los demás como te gustaría que te trataran a ti». De este modo, los *Doce pasos hacia una vida compasiva* constituyen un verdadero manual de uso de la Regla de Oro en el que se justifica su extraordinario rendimiento moral y en el que se recogen algunos de los antecedentes históricos en los que esta regla ha sido formulada. Precisamente, uno de los méritos más notables de este texto es el recorrido histórico que Armstrong realiza por distintas tra-

diciones religiosas, filosóficas y espirituales hasta demostrar que a lo largo de la historia la mayoría de los paradigmas morales han insistido en legitimar la validez de esta regla. En línea con este propósito, este libro argumenta con enorme solvencia que aquello que une al cristianismo, el islam y el judaísmo y a otras tradiciones orientales como el confucianismo y el taoísmo es mucho más significativo y relevante que aquello que, al menos aparentemente, parece distanciarnos. Conforme a su argumento, en cada una de las tradiciones espirituales existiría un fondo común en el que se propugnaría una disolución del yo en aras de acoger no sólo los intereses sino, ante todo, el sufrimiento de todos los demás seres.

La propuesta de Armstrong se plantea, entonces, como una verdadera síntesis de distintas corrientes de pensamiento y como una estrategia moral desde la que enfrentarse a los impulsos egoicos que la neurociencia resume en las *cuatro efes*: comer, luchar, huir, y reproducirse (*feeding, fighting, fleeing...*). Estos cuatro impulsos, determinados por nuestro cerebro más primitivo (el hipotálamo), habrán de ser corregidos y enfrentados por aquellas regiones del cerebro más evolucionadas que como el neocórtex nos permiten razonar y reflexionar sobre nuestra propia conducta. La compasión se describe, así, no como un acto heroico o supererogatorio sino como una facultad fisiológicamente asistida por una región específica del cerebro que hace posible que los hombres anulemos la prioridad del yo. Esta explicación evolutiva se haría coherente con el ideal defendido por Armstrong en el que la felicidad se describe no como un sentimiento subjetivo sino como una experiencia necesariamente sostenible: no podrá existir felicidad si el bienestar individual es incompatible con el bienestar ajeno. La estrategia de Armstrong consiste, por lo tanto, en conciliar algunas intuiciones tradicionales (Cristo, Laozi, Confucio) con los descubrimientos contemporáneos de la neurociencia para así legitimar una estrategia moral en la que el individuo sea capaz de poner en suspenso sus

impulsos más inmediatos. El planteamiento desarrollado en los *Doce pasos hacia una vida compasiva* evidencia una clara inspiración clásica al destacar el rendimiento efectivo de la vida moral y al subrayar que es precisamente la felicidad y el bienestar de la humanidad lo que se pone en juego cada vez que cada sujeto antepone interés individual al sufrimiento ajeno. Al igual que para la filosofía griega y para tantas tradiciones orientales, para Karen Armstrong ser moral (cabría decir, ser compasivo) no es una mera opción posible entre otras sino el único camino transitable para poder alcanzar un sentimiento si no completamente idéntico sí próximo al bienestar.

Los doce pasos se plantean como doce etapas en las que Armstrong justifica la necesidad de revalidar la Regla de Oro como el único garante posible de toda vida feliz. La vida compasiva es, por lo tanto, un ideal contrario a la vida individualista en la que las relaciones humanas se describen siempre desde un enfrentamiento fratricida de intereses. Para ello, Armstrong revalida la compasión como un sentimiento comunitario en el que la felicidad propia habrá siempre de vincularse con la felicidad ajena. El eje sobre el que pivota su argumentación es, precisamente, la convergencia de las distintas tradiciones espirituales reivindicando la hospitalidad y la comprensión del extranjero (i.e., el diferente) como el único medio desde el cual podremos aproximarnos a un ideal de humanidad efectivamente digno. Su propuesta es sincrética en las referencias pero enormemente consistente y unívoca en el objetivo. El afecto, el cariño y el cuidado *entre* los hombres habría de vertebrar este paradigma compasivo y encontraría apoyatura no sólo en la herencia cultural sino también en las descripciones neurocientíficas de nuestra conducta y sus motivaciones. Podríamos decir, por tanto, que *Doce pasos hacia una vida compasiva* es un libro efectivamente catequético en el mejor sentido de la palabra, esto es, se trata de un manual o de una colección de instrucciones cuyo atractivo radica no ya en su carácter imperativo sino en

su sincera sensibilidad. Más allá de su eficacia (cada lector habrá de evaluar el rendimiento práctico y personal del libro) el texto de Karen Armstrong destaca por conciliar una erudición y una emotividad que convierten su sensibilidad moral en una verdadera virtud intelectual.

Diego S. Garrocho Salcedo
Departamento de Filosofía, UAM

MÁS ALLÁ DE LA BARBARIE Y LA CODICIA. HISTORIA Y POLÍTICA EN LAS GUERRAS AFRICANAS

Itziar Ruiz-Giménez Arrieta (ed.)
Edicions Bellaterra, 2012

328 págs.

Tras el fin de la guerra fría hemos asistido a una proliferación de los conflictos armados, donde su naturaleza y dinámicas se han modificado considerablemente, produciéndose una disminución significativa de guerras entre Estados, para concentrarse en el interior de estos, prolongándose en el tiempo y acentuando las implicaciones sobre la población civil. Las llamadas «nuevas guerras», que se han disparado sobre todo en África subsahariana, destacarían por el nuevo tipo de violencia organizada, tachada de irracional y tremendamente cruel, llevada a cabo por los «señores de la guerra» o *warlords*, donde los fines han dejado de lado los motivos políticos universales, para concentrarse en el control de las redes económicas o en las luchas étnicas. La ingente literatura contemporánea que analiza las causas y naturaleza de estos “nuevos” conflictos africanos, ha ido evolucionando desde un discurso más *etnicista-identitario* –enmarcado en la tesis del «nuevo barbarismo»–, donde se percibían las guerras como sinónimo de luchas étnicas entre pueblos, hasta las llamadas «guerras de la oportunidad» o

«guerras por los recursos», que proporcionaban especial énfasis en el papel de los recursos naturales en la génesis de los conflictos armados. En ambos casos, se generaba una explicación mono causal y reduccionista de las raíces de la violencia en el continente africano, centrándose en una sola dimensión de los conflictos que impedían entender la complejidad de los mismos y los distintos procesos históricos donde se fraguaban y desarrollaban. Ambas tesis coincidían en presentar unos conflictos sumamente despolitizados, en los cuales las luchas asociadas a las ideas de liberación nacional habían desaparecido, y donde las guerras se presentan privatizadas, y producto de las luchas identitarias o económicas, acentuando su eminente carácter endógeno. Para Duffield, la lógica reside en la intención de cuestionar los conflictos violentos como vehículos legítimos de cambio social, negándoles cualquier posibilidad de emancipación y presentándolos, como denuncia John Mueller, como un «*continuum* entre criminalidad, irracionalidad y violencia extrema», donde los actores no persiguen otro fin que la *guerra por la guerra*. Pero realmente, ¿estas tesis ayudan a explicar las causas de los conflictos africanos? ¿Son suficientes para comprender su génesis, dinámicas y evolución? Y si no es así, ¿cómo podemos generar agendas viables de resolución de conflictos y pacificación si no logramos entender las raíces y las causas de las mismas?

Sobre estas cuestiones, *Más allá de la barbarie y la codicia*, una obra coordinada por Itziar Ruiz-Giménez Arrieta, que recoge artículos de distintos académicos en el campo de los Estudios Africanos vinculados al Grupo de Estudios Africanos (GEA-UAM), se centra en rebatir el énfasis que se le ha otorgado a las dimensiones étnicas y económicas de los conflictos en el continente, tratando de mostrar cómo en las guerras africanas confluyen también otra pluralidad de factores sociales, políticos o culturales, así como causas endógenas y exógenas, que son mucho más complejas que las presentadas habitualmente, y sin las cuales,

todo análisis de los conflictos africanos quedaría sesgado, impidiéndonos su verdadera comprensión.

Más allá de la barbarie y la codicia traza una línea transversal de análisis, donde se pone el acento en cuestionar las tesis de la literatura dominante que enarbolan que con el fracaso del Estado, en la lucha por los recursos, el subdesarrollo o los aspectos identitarios residen las explicaciones fundamentales para comprender las causas y dinámicas de los conflictos armados. La obra trata de ofrecer alternativas más holísticas e integrales, donde estas dimensiones estarían presentes, pero serían en cualquier caso insuficientes por sí solas para lograr mostrarnos «[...] los complejos procesos históricos y contemporáneos que se encuentran en el trasfondo de los actuales conflictos africanos» (p. 10).

Por un lado, el libro refuta la tesis de la literatura del «nuevo barbarismo», desarrollada bajo las ideas de Huntington y postulada entre otros autores por Robert Kaplan, donde el odio tribal, la escasez y competencia por los recursos y la *anarquía* generada por el colapso del Estado, se erigían como las pautas para explicar por qué la guerra no es tanto un medio sino un fin en sí misma, producto de la descomposición de los estados africanos y de las luchas étnicas que en él se generan. La etnicidad, construida sobre la base de un discurso racial y un determinismo biocultural, estaría en la base del conflicto y la violencia, resaltando las diferencias culturales que se vuelven antagónicas en momentos de debilitamiento o colapso del sistema. Sin embargo, esta tesis es refutada, no sólo porque refuerza la idea racista del *África salvaje y violenta*, sino también, por la simplificación que hace de la cuestión étnica como forma de identidad colectiva, y su influencia en la generación de agravios y conflictos, en donde se construye una imagen distorsionada de la realidad, erigiendo el desorden y el odio como motor fundamental.

Por otro lado, también es contestado el enfoque que pone el acento en la lucha por los recursos y la avaricia (*greed*), que defienden

autores como Paul Collier o Anke Hoeffler, y que hoy en día suele predominar en las explicaciones de las guerras africanas. Con una visión dominada por la racionalidad neoclásica, en él se establece la idea de que las causas de las guerras en el continente hay que buscarlas en la lucha, control y acceso a los recursos naturales, donde la rebelión se presenta como una forma de “crimen organizado”. Como expone Pérez de Armiño, el principio de racionalidad económica coste-beneficio, explicaría el surgimiento de las contiendas bajo «la fórmula de a mayores beneficios económicos existentes, mayores motivaciones para la guerra» (p. 123). La guerra tendría más que ver con el *greed* de las partes beligerantes, y menos con los *grievances* (agravios) y desigualdades sociales, aspectos todos ellos que para este enfoque son secundarios.

La alternativa propuesta por *Más allá de la barbarie y la codicia*, giraría en torno a la necesidad de realizar una combinación «de problemas, de *necesidad*, de *creencias*, de *agravios*, así como de *avaricia*» (p. 130), para comprender las causas y dinámicas de los conflictos. No se trata de negar la existencia de las motivaciones étnicas y económicas en la violencia política, lo cual es una realidad innegable, pero el acento debe de ser puesto en la interacción de distintos factores, donde los agravios políticos juegan un papel central, así como también lo son las dimensiones de necesidad (*need*) y credo o ideología (*creed*).

Sobre la lógica de este debate, el libro presenta una estructura diferenciada en dos partes, donde se desmontan las literaturas presentadas y se muestra la incidencia de otros factores que no han sido considerados con el suficiente rigor. En la primera parte, que inicia con la introducción de Itziar Ruiz-Giménez Arrieta en donde nos desgrana el contenido que nos vamos a encontrar, se presenta una aproximación académica a la crítica a la literatura de conflictos y sus implicaciones. Raquel Ferrao, abre el estudio realizando un análisis crítico para situarnos en las narrativas que han dominado el debate académico sobre los conflictos africanos, mostran-

do sus bases y sus deficiencias; José Carlos Sendín, prosigue presentándonos el papel que han jugado los medios de comunicación en la construcción de dichas narrativas; y María Serrano Martín de Vidales, cierra esta primera parte con un análisis sobre la evolución de los discursos surgidos para reflejar la situación de los refugiados de las guerras africanas.

En una segunda parte, *Más allá de la barbarie y la codicia* se centra en presentarnos una serie de estudios de caso sobre algunos de los conflictos de referencia de la literatura contemporánea. Los casos de Angola (Karlos Pérez de Armiño), Liberia (Mayra Moro-Coco), Sierra Leona (Óscar Mateos), República Democrática del Congo (Mbuyi Kabunda), Somalia (Itziar Ruíz-Giménez Arrieta) y Sudán (Aleksi Ylönen), son analizados en función de los diferentes factores que han incidido en cada uno de ellos, para mostrarnos cómo los conflictos africanos deben de ser leídos con un prisma multicausal, tomando en consideración tanto los factores internos como los externos, recuperando la historia y la política de cada contexto, y tratando de visibilizar el conjunto de actores y dinámicas en donde se enmarcan: regional, internacional y transnacional. A su vez, nos plantean en sus estudios, la necesidad de romper con la imagen estática de las contiendas, entendiendo que las luchas se transforman con el paso del tiempo, y evolucionan los actores y sus agendas e intereses y, con ellos, el conflicto en sí.

Cada caso de estudio es presentado y analizado desde su particular realidad, desgranándonos la complejidad donde se enmarca cada uno de los conflictos y facilitándonos las claves para la realización de un estudio comparativo de la resistencia en África. Los casos analizados desmontan las mitologías e imaginarios que se han construidos sobre las guerras africanas, y nos muestran algunas similitudes en donde coinciden todos los autores. La tesis de la «codicia», de la «guerra por los recursos», así como la del «nuevo barbarismo», resultan insuficientes y tremendamente reduccionistas para explicar los conflictos africanos. Lo verdaderamente

importante no reside tanto en separar la codicia (*greed*) del agravio (*grievances*), la fórmula *greed not grievance*, sino más bien, de lo que se trata es de intentar comprender su interacción y complementariedad. Como bien postula Cramer, «la codicia podría ser un producto de los agravios y no existiría sin la existencia de estos». Por otro lado, también se atienden las conexiones entre lo local y lo global, discrepando de los relatos que han puesto énfasis en los factores endógenos frente a la dimensión externa, tratando de rescatar las dinámicas locales, regionales y transnacionales, y la diversidad de actores y de intereses que se involucran en cada conflicto en particular, como elementos fundamentales para su comprensión. Otro punto de coincidencia estaría en analizar la forma en que se perpetra la violencia en los conflictos, otorgándole significado, que no justificándola, para combatir la idea de que las rebeliones representan un espejo de la criminalidad y el caos, y por lo tanto, quedan deslegitimadas y desposeídas de cualquier elemento ideológico, político y cultural, lo cual impide comprender las motivaciones así como buscar fórmulas viables de resolución. Finalmente, también se analiza el papel del Estado, una vez superado el paradigma estatocéntrico, revisado el impacto del neopatrimonialismo en África y cuestionando «el mito del Estado weberiano como fuente de orden y desprotección» (p. 15), donde en muchos casos los regímenes africanos han sido generadores de agravios e inspiradores de la violencia.

Más allá de la barbarie y la codicia resulta una obra de tremenda actualidad en el campo de los estudios africanos, necesaria, que trata de ofrecernos la reflexión de cómo la lucha armada en África se presenta como producto de una multiplicidad de factores, internos y externos, removiendo los preceptos e hipótesis monocausales y simplificados que han desdibujado la realidad de los conflictos y han hecho bandera del afropesimismo, permitiéndonos combatir los mitos y las etiquetas negativas que han encasillado a África en el imaginario colectivo. El libro

nos invita a mirar la realidad de los conflictos africanos con *otras gafas* que superen los sesgos implícitos en la literatura predominante actual, y nos ayuden, en palabras de la autora: «[...] a entender mejor por qué dichos conflictos empiezan, se mantienen o acaban, así como por qué la violencia armada adopta determinadas formas o participan en ella ciertos actores y no otros» (p. 10).

EL TRABAJO DE CUIDADOS. HISTORIA, TEORÍA Y POLÍTICAS Cristina Carrasco, Cristina Borderías y Teresa Torns (eds.)

Los libros de La Catarata/ Fuhem
Ecosocial, 2011
416 págs.

El 15 de abril se clausuraba el Seminario «Crisis desde el feminismo» organizado por la Coordinadora de Organizaciones Feministas del Estado Español. Entre las conclusiones se enunciaba la centralidad temática otorgada a los cuidados y la necesidad de seguir avanzando en una cuestión cuya complejidad parte de la falta de acuerdo en la traducción del concepto *care* al castellano, que favorece la difusión de diversas acepciones. A esta labor de (re)pensar los cuidados podría contribuir el libro *El trabajo de cuidados. Historia, teoría y políticas*, que se encontraba sobre la pequeña mesa polivalente del salón de actos del Albergue de San Fermín, donde se celebraba el seminario.

Aún a riesgo de error, la sensación ante este libro es similar a la experimentada hace casi veinte años ante la aparición de *Las mujeres y el trabajo. Rupturas conceptuales* (1994). En ambas obras se trata de rescatar una pluralidad de enfoques desde la historia, la sociología y la economía. Al igual que en aquella primera obra, en esta se persigue la calidad más que la cantidad y se recogen doce artículos, de distintos

momentos y destacadas especialistas, que dan cuenta de «los temas más rupturistas en términos teóricos y conceptuales o que destacan por su relevancia en el terreno de las políticas públicas» (pp. 13).

La línea continuista entre los mismos, casi a modo de volúmenes, no sólo se sigue a través de los contenidos de ambos textos, la autoría de las obras también induce esta comparación. Tanto Cristina Carrasco, como Cristina Borderías son editoras de ambos libros. A ellas se ha añadido, en esta ocasión una reputada socióloga del trabajo, Teresa Torns.

Además, ambos textos ilustrarían muy bien la capacidad feminista de deconstruir el lenguaje y otorgar significados nuevos a conceptos viejos, pues si en el primer libro las autoras lo hicieron con el “trabajo” –mostrando la suplantación metonímica de empleo por trabajo–, en el segundo, lo han hecho con los cuidados y muestran la gran variedad, diversidad y amplitud de significados que se recogen bajo un concepto que –según explica Carol Thomas, en el capítulo 3– sigue siendo problemático.

Y es que uno de los aciertos de este libro es su título, toda una apuesta por la claridad conceptual frente a acepciones tan próximas como cuidado y cuidados. Al referirse al trabajo de cuidados se visibiliza la dimensión laboral de los cuidados –trabajo experto, cualificado y normativo– sin por ello anular las dimensiones relacionales y emocionales que lo definen. Ya Laura Balbo, en 1987, habló de *Time to Care* para evidenciar el tiempo que las mujeres dedicaban a los cuidados y que, a pesar de la aplicación de la revolución tecnológica en el hogar (como muestra Ruth Schwartz, en el capítulo 1), «tende a expandirse hasta ocupar todo el tiempo disponible» (pp. 109). Posteriormente, a principios de los noventa Nancy Folbre elaboró los indicadores, véase el capítulo 8 del libro, para medir las cargas de responsabilidad financiera y temporal del cuidado, remunerado o no, de las personas dependientes.

Sabemos que «cuidar es una actividad predominantemente de mujeres y su estudio pare-

ce exigir un análisis enraizado en el orden de género, a la vez que facilita el conocimiento sobre la opresión de las mujeres» (pp. 148), pero durante muchos años se ha puesto el acento en los sentimientos y emociones en los que se enmarcan los cuidados, destacando que se trata de tareas eminentemente femeninas no asimilables al trabajo de producción de mercancías y de bienes mercantiles, habitualmente masculinos (pp. 35). Esta relación identitaria entre cuidados y feminidad corre el riesgo de idealizar los cuidados en exceso y olvidar la parte de tiempo, habilidad, energías, disponibilidad, renuncia a lo personal, etc., que los cuidados también suponen para las personas cuidadoras y de modo muy especial lo que suponen en aquellos casos más difíciles como pueden ser los de atención a las personas mayores a las que se va viendo deteriorarse (a las que se refieren Jane Lewis en el capítulo 10 y Silvia Federici en el 12) y a personas con dependencias severas. En un tiempo en el que la normativa actual parece encaminada a conseguir que las mujeres vuelvan al hogar, al sacralizar los cuidados a partir de planteamientos identitarios se corre el riesgo de contribuir a reforzar tendencias ideológicamente contrarias a las que desde el feminismo se vienen defendiendo. Por el contrario, referirse al trabajo de cuidados en este momento de crisis de la ciudadanía laboral no puede ser más pertinente, puesto que frente a la resignación que supondría asumir la soberanía y los designios de los mercados, el pensamiento y la práctica feminista ofrecen un nuevo paradigma de actuación: el de la sostenibilidad de la vida. Este nuevo paradigma, como señala Mary Mellor, en el capítulo 7, planta cara al nuevo (des)orden mundial.

El planeta, las sociedades, las personas y las relaciones se mantienen si se cuidan, pero todo cuidado exige un esfuerzo. Y de ahí la importancia que tiene esta publicación que se plantea como un intento más de desenmascarar la realidad que se presenta únicamente desde la lógica dominante del beneficio y que oculta algo tan vital para el bienestar cotidiano y la repro-

ducción social como el trabajo de cuidados.

Con el libro *El trabajo de cuidados* se unifica, sinérgicamente, la práctica política y el quehacer académico a través de una expresión, aparentemente contradictoria en sus términos para unas ciencias sociales convencionales. Este concepto formado a partir de dos términos mutuamente excluyentes (el “trabajo” que se concibe como actividad pública, y los “cuidados” que se realizarían en la estricta intimidad) sirve para desmontar la lógica del funcionamiento social y el orden simbólico patriarcal y capitalista en que se sustenta. Y, para empezar, comienza por cuestionar el paradigma tradicional masculino para su análisis (como en este libro recuerda Susan Himmelweit, en el capítulo 5). “El trabajo de cuidados muestra la fragilidad de las fronteras entre espacio público y privado y la fuerte relación entre trabajo y vida (A. Pérez Orozco). Mostrar y contabilizar, en tiempo y dinero, el trabajo de cuidados supone reventar las estrechas dicotomías analíticas que limitan nuestra capacidad de observar la vida y visibilizar el *continuum* entre lo doméstico y lo público. Además, no se puede olvidar que el trabajo familiar doméstico es absolutamente necesario para que el mercado y la producción capitalista puedan funcionar (pp. 51).

Durante más de un siglo sólo hemos visto la punta del iceberg, el trabajo del mercado, las mercancías, pero este se ha mantenido gracias a la existencia de mucho trabajo doméstico y de cuidados –parte del cual lo han aportado las inmigrantes– sin el cual el trabajo del mercado no habría sido posible. Por ello, este libro es oportuno en este momento, ya que trata de «hacer visible la interrelación entre los diferentes procesos, mercados, instituciones, actividades, sujetos sociales y relaciones personales y sociales, que tienen que ver con la reproducción social» (pp. 50). Antonella Picchio aporta una reflexión sobre esta relación entre la reproducción social y la estructura básica del mercado laboral en el capítulo 2.

Una sociedad que tiene como objetivo la producción de mercancías olvida que su fin

básico es la supervivencia. Sí no se continúa la vida, es el fin de la misma y todo acaba. Y, sin embargo, paradójicamente, las actividades y los tiempos dedicados para el sostenimiento de la vida son invisibles y están infravalorados. No tiene sentido que las personas dedicadas al mantenimiento de la reproducción social, mayoritariamente mujeres, sean excluidas de los derechos de la sociedad que están sosteniendo.

Ahora bien, que desde el feminismo se resignifique y se aclare un concepto y se promueva una lógica diferente no implica que esta vaya a ser puesta en circulación. El poder, a duras penas, asume los significantes creados y cuando –por el paso del tiempo, la imposición normativa o el activismo– se ve forzado a integrarlos, éstos son previamente sometidos a un proceso de vaciamiento de los significados con que fueron originariamente concebidos.

La demostración de la falta de permeabilidad de las estructuras de poder a las deconstrucciones feministas es otra similitud que encontramos entre *Las mujeres y el trabajo* y *El trabajo de cuidados*. Categorizar es politizar y el resultado final que se interpreta resulta de la evolución del conflicto y la negociación. El trabajo es una categoría que opera como concepto científico y como significante cognitivo común socialmente construido. No es fácil modificar el significado de este término situado en un terreno ya ocupado y políticamente disputado. Obras como las que aquí se comentan han entrado claramente en esa necesaria disputa, pero lamentablemente, «el debate sobre el trabajo doméstico no ha sido capaz de hacer mella en la comunidad de especialistas [...] Lo que ha provocado que el trabajo doméstico continúe siendo un objeto de estudio apenas legitimado» (p. 29). Veremos ahora si esta situación se reproduce con el trabajo de cuidados

Por seguir la comparación en sus aspectos más relevantes diríamos que en ambos libros destaca el tratamiento revelador que proporciona la utilización de la perspectiva histórica. Como en el texto de Carrasco, Borderías y

Torns se indica: «la organización social del trabajo de cuidados y el lugar que ocupan en la sociedad actual son producto de un largo proceso histórico que comenzó a gestarse durante la transición al capitalismo liberal» (pp. 15). No se trata de algo nuevo, pero tampoco es igual que a principios de siglo. La globalización económica de la actual economía mundo ha hecho aflorar formas de organización social del trabajo de cuidado nuevas. La solución a los problemas de conciliación entre lo laboral, lo familiar y lo personal de las mujeres de las clases medias y altas de los países ricos –porque los hombres siguen sin asumir ni el trabajo doméstico, ni el de cuidados con responsabilidad– está pasando por la utilización de las inmigrantes a las que les resulta prácticamente imposible conciliar (como ha expuesto L. Benería, capítulo 11). Se alimenta así una cadena de cuidados en la cual cada eslabón es más débil y tiene menos poder que el anterior (temática que se trata en el capítulo 9, bajo el título «Cambios en los regímenes de cuidados y migración femenina»).

La importancia social y el beneficio colectivo tanto del trabajo doméstico, como del de cuidados son principios vitales en ambos compendios. De modo que, como es lógico pensar, en las páginas de *El trabajo de cuidados. Historia, teoría y política* se plantea la responsabilidad social del trabajo de cuidados.

Cuando nos encontramos instalados –incómodamente– en medio de una crisis sistémica, dentro de la cual la crisis ecológica, alimentaria y de cuidados pueden ser tan graves, aunque menos pregonadas, que la económica, se hace preciso recordar que «las actuales y futuras necesidades de cuidados de la ciudadanía europea no son una cuestión propia de mujeres, ni algo que pueda resolverse en clave individual o de familia, sino una cuestión que debe solucionarse de manera colectiva» (p. 42) por lo que autoras como Daly y Lewis proponen, en el artículo que recoge el capítulo 6, la inclusión del *social care* entre las políticas del Estado de Bienestar y Jane Lewis, en el capítulo 10, demanda un nuevo pacto social que sea capaz

de atender las necesidades de cuidado cotidiano de la población europea.

El tratamiento colectivo de la organización social de los cuidados puede resultar problemática para una Europa que está viendo como se desmoronan los Estados de Bienestar de los países del Sur, pero la perspectiva histórica que el libro ofrece permite conocer mecanismos que se han utilizado en otras ocasiones y que ahora resuenan, como es el cuidado de las personas mayores en Ontario, en la década de 1890 y cómo, según describe Edgar-André Montigny, en el capítulo 4, los Inspectores de Prisiones e Instituciones Benéficas Públicas periódicamente alegaba que las familias estaban «endosando al Gobierno» la atención de las personas mayores. Los datos extraídos de diferentes fuentes falsan la hipótesis, sin embargo, de que las familias se vieron obligadas aceptar la responsabilidad de sus parientes ancianos (p. 187). Las medidas restrictivas sobre la aplicación de la Ley 39/2006, de 14 de diciembre, de Promoción de la Autonomía Personal y Atención a las Personas en Situación de Dependencia, nos recuerdan las historias de Ontario. Las medidas legislativas actuales lejos de ordenar colectivamente los cuidados los están privatizando en los hogares, con lo que de sobrecarga vuelven a suponer para las mujeres de aquí y de allá. Utilicemos las enseñanzas de esta acertada compilación y su introducción inicial y rica bibliografía para que cuando otras jornadas feministas tengan lugar se muestre el camino recorrido y nos sea más fácil diseñar la hoja de ruta por la que transitar para avanzar.

Begoña Marugán Pintos
Profesora de Sociología del Trabajo
Universidad Carlos III de Madrid

ECOCINISMOS. LA CRISIS ECOLÓGICA DESDE LA PERSPECTIVA DE LA FILOSOFÍA CÍNICA

José Alberto Cuesta

Biblioteca Buridán, Barcelona, 2011

454 págs.

La filosofía tiene sus riesgos. Uno comienza a leer, a enseñar o a escuchar o escribir y descubre que la filosofía tiene al menos tantos riesgos como un martillo, un veneno, un puñal o un arma corta. Riesgos mortales de índole metodológica conectados con los modos de vida y las formas de configuración de la subjetividad y de la comunidad. La filosofía corre el riesgo de ser inútil, por ejemplo, de instalarse en el territorio aséptico, inofensivo y domesticado de la academia universitaria y de dejarse morir en los tribunales de expertos y las agencias de calificación, en los manuales al uso que aún la presentan como una disciplina abstracta carente de toda aplicación práctica y asentada en meros ejercicios de malabarismo retórico y exhibición intelectual. Riesgo mortal, sin duda, que perpetúa un modelo filosófico conchabado con las condiciones de injusticia social y corrupción delirante que campan a sus anchas en buena parte de las sociedades capitalistas postindustriales. No obstante, el riesgo de la filosofía es mucho más grave que la inutilidad, la asepsia y el control ideológico. La filosofía también corre el riesgo de fracasar. Y esto es mucho más grave. La filosofía corre el riesgo de fracasar en su función como instrumento cotidiano basado en razones al servicio de la vida buena, como herramienta crítica y terapéutica en el seno de una comunidad de individuos libres e iguales. El fracaso de la filosofía es mayúsculo en todos aquellos casos en los que su función crítica (del *statu quo*), destructora (de sus condiciones despreciables, injustas o empobrecedoras) y propositiva (de nuevas formas de configuración y organización) es reabsorbida por el propio sistema

puesto en cuestión y desactivada en su eficacia moral, social, estética y política. Fracasa la filosofía y es inútil no sólo en su faceta de exhibicionismo erudito desconectado de la realidad social, sino también en aquellos casos en los que sus propuestas más desestabilizadoras y eficaces son neutralizadas por el sistema, caricaturizadas y convertidas en meras guías docentes, en material de seminario, en un conjunto inocente de anécdotas hilarantes que en nada sirven a la lógica del progreso global.

Este ha sido siempre uno de los mayores riesgos de la llamada filosofía helenística. En concreto, de una de sus propuestas más actuales, vivas y contundentes, el cinismo o *kynismo* (del griego *kýon*, -onos: perro), cuya vigencia está a la altura del enfoque generalizado de las escuelas epicúrea, estoica o escéptica: compromiso social, crítica de los poderes y saberes establecidos, búsqueda de una vida digna de ser vivida en compañía de otros y depuración constante, mediante la razón, de las inercias ideológicas que configuran nuestras opiniones, afectos y convicciones. Más allá de la imperturbabilidad estoica y la serenidad epicúrea, el cinismo se presenta en la Antigüedad como un auténtico atentado performativo, una acción real de rechazo y protesta contra la vanidad de nuestros deseos y una denuncia de la vacuidad de nuestras necesidades, delatadas ahora como el resultado inducido de una maquinaria propagandística y publicitaria que diseña ciudadanos-consumidores según intereses privados y en el marco de una sociedad global de consumo plenamente mercantilizada. Una denuncia que no se reduce a la palabra y la razón, sino que incluye el gesto y la corporalidad, la franqueza verbal y vital (*parrhesía*) comprometida con un ideal de libertad incorruptible: la libertad de quien sabe gobernarse a sí mismo y ajustar sus necesidades y sus juicios al ámbito natural del que procede. En este sentido, el cinismo antiguo es un ejercicio iconoclasta que destruye el valor de todo lo que siempre, ahora y entonces, ha sido considerado digno de esfuerzo social y elogio individual por las clases dominantes: el

poder, la gloria, el dinero, el desenfreno en todas sus formas, la posición política... La insolencia del cínico atropella con su franqueza el tejido social, concebido como una estrategia hipócrita de manipulación política que, bajo el pretexto de la racionalidad y la sociabilidad de lo humano, mercantiliza todos los ámbitos de la vida –de la biológica y de la biográfica, en palabras de Ortega– y condena a sus individuos a convertirse en esclavos de aspiraciones producidas en serie. La filosofía incendia el sendero de la manipulación social y retorna sobre los pasos de la animalidad, sobre el animal que seguimos siendo y que, dueño de sí mismo, no ha de someterse a más dictados que los impuestos por la Naturaleza que lo ha engendrado y que antes o después terminará con él.

Se comprende, entonces, que el cinismo griego pueda convertirse en buen ejemplo del fracaso de la filosofía cuando no es comprendido en profundidad y aplicado de manera responsable, sino consumido como el chascarrillo o la bufonada de Grecia: el pasatiempo excesivo de un grupo de pseudointelectuales contemporáneos que se divierte con el anecdotario de una secta vagabunda cuyos discípulos gustaban de ayuntar en las plazas públicas. Fracaso, estupidez y asepsia a la que sin duda han contribuido en los últimos tiempos algunas publicaciones divulgativas incapaces de establecer conexiones entre el cinismo antiguo y la sociedad actual, reactivando, así, la potencia de un pensamiento cuya máxima nuclear invita a «vivir conforme a la naturaleza». No es este el caso del libro de José Alberto Cuesta, que celebramos tanto desde el punto de vista del amante de la filosofía antigua, como desde el interés general en una lectura crítica de las dinámicas sociales, económicas y, en este caso, ecológicas que atraviesan el universo contemporáneo. El libro de Cuesta ha sabido convertir la filosofía cínica en lo que debe ser toda lectura filosófica contemporánea del mundo antiguo: un dispositivo de inteligibilidad del presente y un artefacto de intervención y denuncia del mismo orientado a la búsqueda de una sociedad más justa.

Después de una presentación pormenorizada –acaso excesivamente– del pensamiento cínico griego y de su repercusión y presencia en la literatura filosófica tardoantigua, medieval, renacentista, moderna y, si me apuran, posmoderna, Cuesta emprende el ejercicio verdaderamente filosófico que nos permite la sabiduría del Perro: su aplicación directa a un horizonte contemporáneo de problemas cuya máxima preocupación es la crisis ecológica y económica. Cuesta defiende que la actual crisis ecológica se articula en torno a una crisis «de civilización que, en definitiva, procede de un déficit del desarrollo ético que no alcanza a controlar y a utilizar racionalmente la hipertrofia de nuestro sistema productivo y tecnológico» (p. 11). La filosofía helenística nos enseñó de una vez por todas que la esclavitud, el sufrimiento, el miedo y la desesperación proceden de un juicio erróneo en torno al valor de aquellos elementos que resultan indispensables para el desarrollo de una vida buena. De este modo, la vida buena sólo podrá alcanzarse mediante la revisión y el reciclaje de aquellas interpretaciones que, lejos de liberarnos y favorecer nuestro bienestar generalizado como seres humanos y ciudadanos del mundo, han contribuido a construir un horizonte enfermo en términos ecológicos y sociopolíticos, donde el dinero y la eficacia productiva son idolatrados por encima de cualquier indicio de racionalidad práctica, compasión y compromiso social. Y, en concreto, tal y como resalta Cuesta, un mundo donde el entorno natural es constantemente reducido a mercancía. Así, tras la exposición en una primera parte de los puntos de conexión entre el periodo helenístico y la sociedad contemporánea, y tras haber perfilado las propuestas nucleares del pensamiento cínico griego a través de sus ideas y representantes fundamentales, *Ecocinismos* dedica su segunda parte a la aplicación «ecocrítica del instrumental cínico», basada en dos premisas fundamentales: a) desde una actitud general de denuncia de la división global opulencia/pobreza, la aceptación del cosmopolitismo cínico y la consideración de la naturaleza como instancia normativa

en un marco contemporáneo de toma de decisiones políticas que persiga una distribución justa de los recursos del planeta; b) buscar las condiciones necesarias para una reconciliación entre economía y ecología, que pasaría por un momento económico –en el que la economía ha de ser ubicada como un subsistema de la ecología– y un momento moral, consistente en el reclamo innegociable de una redistribución más justa de los recursos naturales con el fin de eliminar la pobreza y el hambre. En definitiva, una lectura de la actual crisis ecológica realizada de manera inteligente y precisa desde un horizonte de comprensión filosófico, el helenístico, pertinente como pocos en la actualidad: la convicción de que toda crisis global se asienta en un sistema de interpretaciones y valoraciones que, lejos de potenciar aquello que engloba y reúne a los seres humanos en su condición natural y social, promueve una falsa libertad mercantil basada en la explotación constante de la naturaleza y del ser humano con el fin de satisfacer intereses privados. Una libertad que genera una brecha radical entre la opulencia y el hambre a nivel global que sólo podrá ser desmantelada mediante una paulatina invalidación de los valores vigentes o, en palabras de Diógenes el Perro, invalidando «la moneda en curso». Libros como el de Cuesta demuestran hasta qué punto la actualidad del pensamiento antiguo depende de los contextos de interpretación y de la potencia hermenéutica de sus intérpretes.

Iván de los Ríos Gutiérrez
Universidad Autónoma de Madrid

DESIGUALDADES INTERNACIONALES ¡JUSTICIA YA!

Rafael Díaz-Salazar

Icaria, colección Asaco, 2011

96 págs.

El conocido sociólogo de la Universidad Complutense de Madrid, Rafael Díaz-Salazar, ha publicado hace unos meses un libro titulado *Desigualdades internacionales. ¡Justicia ya!* cuyo subtítulo –«Hacia un programa mundial de justicia global»– indica con toda claridad la finalidad de la obra. Con este trabajo, su autor continúa una dilatada trayectoria de reflexión dedicada a la descripción, análisis y valoración de las relaciones Norte-Sur, así como a la elaboración de propuestas para su transformación, que se inició con *Redes de solidaridad internacional* (HOAC, 1996) y fue continuada con *Justicia global* (Icaria, 2002).

Desde hace años Rafael Díaz-Salazar colabora como docente en numerosos cursos sobre cooperación al desarrollo, como los organizados por el Instituto Complutense de Desarrollo y Cooperación (IUDC), el Instituto Complutense de Estudios Internacionales (ICEI) -ambos de la UCM-, o el Master en Cooperación y Migraciones de la Universidad Comillas. Asimismo, son muy frecuentes sus participaciones en encuentros y congresos sobre esta temática fuera y dentro de nuestro país, así como sus colaboraciones en revistas especializadas en esta problemática. En definitiva, nos encontramos ante un sencillo trabajo de alguien que es actualmente una referencia española en el terreno de la sociología del desarrollo.

En esta ocasión, su trabajo se ha centrado en mostrar, con datos recientes, el estado de la desigualdad en el mundo para, a partir de ellos, bosquejar un programa de acción que -más allá de la Ayuda al Desarrollo- permita revertir las tendencias hacia la polarización y el empobrecimiento que caracterizan a nuestro planeta. El

libro posee una estructura clara que se plasma en cinco capítulos. En el primero se describen, de acuerdo al título general de la obra, las principales desigualdades internacionales. En un segundo momento, y muy brevemente, se justifica la necesidad de afrontar este desafío de un modo suficientemente ambicioso. El tercer capítulo enumera las principales políticas internacionales que sería necesario impulsar para reducir la fractura socioeconómica mundial. El cuarto apartado recuerda las tareas que habrían de afrontar los propios países del Sur ya que, sin su concurso y decidido compromiso, cualquier progreso social será inviable. Por último, el quinto capítulo constata la necesidad de modificar el concepto convencional del desarrollo para poder caminar hacia un modo de vida extensible y sostenible a escala universal. En definitiva, nos encontramos ante un “manifiesto humanizador” de alcance planetario.

La presente crisis financiera, que en nuestro país está teniendo una virulencia inusitada, puede tener dos efectos muy negativos en la opinión pública española. Por una parte, puede transmitir la impresión de que todos estamos sufriendo de la misma manera los efectos más dañinos de esta recesión económica y, por otra, puede generar una actitud defensiva de los logros obtenidos en el pasado en nuestro país y convertirnos en más insolidarios a nivel internacional. Todos conocemos el poder del argumento popular que justifica o legitima el drástico recorte de la ayuda al desarrollo o la aplicación de políticas económicas lesivas con los intereses de los ciudadanos del Sur y que se puede resumir de este modo: “bastante tenemos nosotros con la que está cayendo”. Los sondeos sociológicos del CIS no dejan de señalar que los españoles ven bien colaborar con un mundo más justo, pero subordinando ese objetivo a la resolución de nuestros problemas domésticos.

Pues bien, el libro de Rafael Díaz Salazar tiene la virtud de poner de relieve de una forma meridiana tres realidades. La primera radica en señalar que la crisis no afecta a todos por igual

y que precisamente el contexto actual hace que algunos se beneficien de la desgracia de otros o, en otros términos, que estemos asistiendo a la plena vigencia del refrán “a río revuelto, ganancia de pescadores”. No deja de producir estupor, por ejemplo, que Carlos Slim -el oficialmente mayor multimillonario del mundo- pudiera aumentar su fortuna personal un 50% el año 2009, precisamente el año en el que la crisis tuvo mayor incidencia en la economía mundial. La desigualdad ha aumentado en la mayoría de los países los tres últimos años. En segundo término, este trabajo muestra como, a pesar de ser cierto el sensible deterioro económica que sufre nuestro país, la situación de la mayor parte de la humanidad continúa siendo muchísimo peor lo que se debería traducir en un fortalecimiento de las estrategias de solidaridad internacional y no en su abandono. Por último, Rafael argumenta también en contra de quienes con resignación piensan que “no podemos hacer nada”, bosquejando medidas políticas y económicas al alcance de nuestra mano que sólo requieren la fuerza y la voluntad política para aplicarlas.

La desigualdad internacional es un fenómeno por todos conocido o al menos intuido de un modo general, aunque pocos sean capaces de cuantificarlo o definirlo en sus precisos términos. Por este motivo, resulta de gran utilidad disponer de una amplia muestra de datos estadísticos recientes sobre la cuestión. De este modo, podemos pasar de la impresión aproximada a la caracterización objetiva de las disparidades socioeconómicas, lo que permite evitar tanto la demagogia catastrofista genérica como el discurso interesado que diluye la importancia real de la enorme desigualdad en la que vivimos apelando a que siempre ha habido diferencias o que estas no poseen el alcance que realmente poseen. A todos aquellos a los que el abismo de la desigualdad les preocupa y escandaliza, les vendrá muy bien conocer los resultados más recientes de las estimaciones de la misma, así como las fuentes en las que pueden actualizar esta información. En el deba-

te social, la solidez de los datos de partida es requisito imprescindible para la crítica del modelo vigente de desarrollo.

Del mismo modo, son muchas las personas que desbordadas psicológicamente por la magnitud de los problemas globales querrían saber si podemos hacer algo para generar una dinámica de desarrollo más inclusiva, justa y sostenible o debemos resignarnos a padecer los efectos de las formidables fuerzas económicas que mueven nuestro mundo. Y lo cierto es que, sin negar la magnitud de los problemas ni la fortaleza de las tendencias disgregadoras propias del capitalismo global, cabe sostener sin ingenuidad que pueden llevarse a cabo numerosas iniciativas que harían de nuestro mundo un lugar mucho más habitable para todos y que, de no llevarse a cabo, lo convertirán en realmente peligroso para todos los que lo vivimos en él. Para ese amplísimo grupo de personas honestas y sensibles pero que no poseen un conocimiento profundo de la dinámica socioeconómica mundial, un libro como el que estamos presentando puede ser de muchísima utilidad. Ofrece un actualizado “estado de la cuestión” de la desigualdad y de los instrumentos que pueden aminorarla. Es decir, una descripción del primer problema mundial de nuestro tiempo así como un programa esquemático para enfrentarse a él. De este modo, el libro aporta, al mismo tiempo, información relevante sobre la salud de nuestro mundo, alimento argumental adecuado para generar sensibilidad ante la injusticia y la energía anímica y moral necesaria para luchar contra ella.

No se puede decir más -ni más importante- en menos espacio y de un modo más claro. Sin entrar en la inevitable complejidad del análisis económico y político de las relaciones centro-periferia y de las no menos complejas estrategias de su superación, se indica la hoja de ruta que deberíamos adoptar para no convertir nuestro mundo en una bomba de relojería temporal. He leído con placer el breve libro de Rafael pero, además al leerlo, experimentaba la necesidad de divulgar su contenido y pensaba,

Libros

si darme cuenta, en cuantas personas cercanas podrían enriquecerse leyéndolo. Lo bueno, si breve, dos veces bueno.

Pedro José Gómez Serrano
Director del Departamento de Economía
Aplicada I de la UCM